



NAUFRAGIO DE UN NAVIO DE LA ARMADA TITULADA LA INVENCIBLE, SOBRE LA COSTA DE ESCOCIA.

La escena de uno de los episodios más tristes de la historia de la marina española, es lo que representa la lámina que damos hoy. Una rivalidad política, tenaz, agravada por la diferencia de religiones, preparaba la guerra hacía tiempo entre el rey de España, Felipe V, é Isabel, la reina *virgen* de Inglaterra. Esta guerra estalló finalmente con uno de los muchos ataques arteros é innobles que dieron los ingleses á nuestros galeones. En 1588 el almirante Drake destruyó en Cádiz, sin previa declaración de guerra, una flota entera de buques de transporte. Felipe quiso vengarse con la conquista de la Inglaterra, y al efecto equipó la escuadra más fuerte que se ha conocido en Europa. Contaba 22,000 hombres de desembarco distribuidos sobre 132 navios; debía tomar en Flandes 25,000 soldados veteranos, mandados por Alejandro Farnesio, y en Normadía había 42,000 franceses prontos á reunirse con ellos. La Inglaterra, en cambio, no pudo reunir más que 114 buques, de los cuales el de más porte tenía trescientas toneladas, y sobre ellos embarcó sus 13,000 marineros. Uno solo de estos buques, el *Triumph*, llevaba 40 cañones. Pero esta escuadra, que carecía de fuerza material, tenía la fuerza inteligente en más alto grado que la española.

Sabidos son por demás los sucesos que acarrearon la pérdida de nuestra escuadra, con gran detrimento del erario y de la gloria nacional. El jefe experimentado que debía mandarla, el célebre marqués de Santa Cruz, adelantado de la Florida, que unía á su pericia y valor militar la prudencia de un marinero consumado, falleró antes de acometer aquella empresa gigantesca, euforeciéndose al motif que se asegurara un puerto que sirviera de refugio á la escuadra en caso de tormenta ó de derrota. Reemplazado por el duque de Medina-Sidonia, marino de corte, cuya presunción igualaba á su ignorancia, á pesar del consejo de Santa Cruz, ratificado por el Duque de Parma que proponía apoderarse de Flesinga, declaró que eran inútiles las precauciones, y aparejó el 19 de mayo de 1588. Desde entonces empezaron las desgracias de la *Invencible*. Combatida en el cabo de Finisterre por un huracán furioso, careciendo de buques prácticos, tomando por este motivo unos parages por otros, ostigada en su marcha lenta y pesada por los ligeros buques ingleses, el fin de esta empresa colossal fué la destrucción casi total de la armada, naufragando muchos buques en las costas de Irlanda y Escocia, ca-

yendo otros en poder de los ingleses, y escapándose algunos al extranjero con las tripulaciones sublevadas.

## MEMORIA

SOBRE LA CONVENCION DE ESTABLECER POR PRIMERO Y ÚNICO DISEÑO DE LOS QUE HASTA AHORA SE HAN ADOPTADO COMO TALLAS POR LOS GEOGRAFOS.

Desde los primeros tiempos en que los hombres convirtieron su atención á conocer el globo que habitaban, echaron de ver la necesidad de arbitrar un medio para determinar la posición geográfica de los puntos de la tierra; empero no poseían un conocimiento perfecto de la figura de ésta, ni se tuvo en muchos siglos despues; y así, concipiéndola más estensa desde Occidente á Oriente que de Septentrion á Mediodía, como se conoce del mapa que trazó Agathodemon, llamaron *istitud* á lo que había entre estos dos últimos puntos, y *longitud* lo que se comprendía entre los primeros, en cuyo sentido solo pudieron adoptarse estas palabras, puesto que un globo no tiene ancho ni largo, cuando ya se acercaron á tener una idea más conforme de la figura de nuestro planeta.

Para tener pues un término fijo desde donde principiar á contar los grados de longitud, establecieron los geógrafos un primer meridiano, y desde él numeraban hasta los 360, uso que ha durado hasta nuestros días, en que se ha distinguido la longitud para mayor comodidad en oriental y occidental, dando á cada una 180 grados. La más antigua posición del primer meridiano, segun Piteas de Marsella, célebre cosmógrafo que floreció por los años de 320 antes de Jesucristo, estaba en la isla de Jule, que en lo antiguo se reputaba por la más apartada de las tierras en el Océano hácia el Septentrion (1).

La segunda posición del primer meridiano es la de Eratóstenes, natural de Cirene, que nació 276 años antes de Jesucristo, y fue dis-

(1) Los geógrafos antiguos unen esta isla con las Britanias, que Virgilio y Séneca llamaron *Altipia Thule*. Ortelio cree que es aquella región de la Noruega que los navegantes modernos llaman *Finnmark*; Cambden la llama *Schotlandia del mar de Escocia*, que los navegantes dicen *Thylensel*; otros finalmente la llaman *Islanda*.

capulo de Ariston y de Calimaco, y bibliotecario de Alejandria en tiempo de Tolomeo Evergetes, que lo situó en las columnas de Hércules, lo que también hicieron algunos árabes.

La tercera posición es la de Marino de Tim, que floreció por los años 70 de Jesucristo, y Tolomeo, que lo colocan en las islas Fortunadas, hoy Canarias, como el último término del mundo entonces conocido.

La cuarta posición es la de Imael Abulfeda, célebre príncipe que reinó en Siria en el siglo XIV, y compuso en árabe una geografía, el cual lo pone en el estrecho de Gibraltar, 10 grados al Oriente del meridiano de Tolomeo. Alfara y Alhironi, autores también árabes citados frecuentemente por Abulfeda, ponen allí mismo su primer meridiano; y Nasir Eddin y Ulg-Bag 10 grados mas occidental, que corresponde á las islas Canarias.

Los chinos cuentan la longitud desde el meridiano de Pekin, y de este modo están calculadas las tablas geográficas del atlas chino del P. Martini.

Los indios, y á su imitación algunos árabes, eligieron por primer meridiano el de Canadara, y contaban desde Oriente á Occidente.

Los astrónomos españoles que siguieron las tablas alfonsinas, y los autores de estas, pusieron por primer meridiano el de Toledo, tanto por ser ésta una de las ciudades mas notables del reino, como porque era el lugar de sus observaciones.

Quisieron otros que la línea de demarcación, llamada también de Alejandro VI por haberla establecido este pontífice á fin de evitar las discordias entre las coronas de Castilla y Portugal ocasionadas con motivo de los descubrimientos hechos á fines del siglo XV y principios del XVI; quisieron otros, decimos, que esta línea (1) fuese el principio de donde se contase la longitud.

Algunos náuticos, creyendo que la brújula no declinaba en las islas Azores, tuvieron este motivo para fijar en ellas el primer meridiano. Janson, en su Mapa-mundi del año 1604 y en el de 1607, y Nicolás Fischer, en su obra titulada *Orbis maritimus*, y otros lo establecieron en las islas de Corvo y Flores, que están casi bajo el mismo meridiano, Roberto Dudley, en su *Arcano del mar*, pone su primer meridiano en la isla del Pico, desde donde calcula las longitudes de esta obra, y pretende que la aguja no tiene declinación en el meridiano de esta isla. Por la misma razón pusieron el primer meridiano en la isla del Fuego, una de las del Cabo-Verde, Ortelius en su mapa-mundi, Pedro Bercio en su *Europa contracta*, y Janson en sus planisferios. Otros, en fin, le hacen pasar por la isla de San Vicente.

Tolomeo y los árabes que le siguieron colocaron su primer meridiano en las Canarias; pero no estando estas islas bajo uno mismo, pues hay mas de 3<sup>o</sup> y medio de diferencia entre las que mas distan entre sí, se ofrece la dificultad de determinar por cuál de ellas ha de pasar este círculo. Remuldo Mercator y otros empezaron á contar sus longitudes desde la costa occidental de la isla de Palma por la falsa persuasión en que estaban de que ésta era la isla mas occidental de las Canarias. El P. Riccioli puso también en esta isla su primer meridiano, y dice que lo hizo con el motivo de haber partido de ella como término el mas occidental de las Canarias, Cristóbal Colon al descubrimiento del nuevo mundo, y que de los navegantes que abordan á las Canarias son mas los que van á esta isla de Palma para dirigir desde allí sus rumbos. No son estas ciertamente razones muy fundadas, porque Cristóbal Colon antes se había dado á la vela en Palos, y Palma no es la mas occidental de las Canarias, como erróneamente se señaló en algunos mapas antiguos; y si los navegantes van á aquella isla es porque en ella se proveen mejor y hallan mas comodidad que en la del Hierro, que es ciertamente la mas occidental de este archipiélago.

Los geógrafos franceses pusieron su primer meridiano en la parte mas occidental de la isla del Hierro (2), para cuyo establecimiento juntó el cardenal Arnando Juan de Pleissis de Richelieu los mas famosos matemáticos de Europa en el arsenal de Paris en 1634, los cuales determinaron fijarlo en dicha isla; resolución que confirmó Luis XIII espidiendo un decreto en que mandó que los geógrafos franceses adoptasen éste por primer meridiano; mas sin embargo de esto muchos mapas hechos por geógrafos de esta nacion, no son por primero el de Paris.

Todavía hubo mas divergencia en adelante, porque después que el arriba citado Janson en su *Cuatro partes del mundo*, obra publicada en 1624, adoptó, no ya el de las islas de Corvo y Flores, como había hecho antes, sino el que pasa por el Pico de Teyde; Guillermo Blaeu en su Atlas, y Nicolás Vischen en su mapa-mundi, y otros muchos holandeses hicieron lo mismo, por lo que algunos le llama-

ron á este meridiano holandés, y ha sido seguido por algunos españoles.

Finalmente, desentendiéndose de las consideraciones que tuvieron estos geógrafos, principió cada nación á establecer por primera el meridiano de su capital, ó el de sus observatorios astronómicos: los franceses el de Paris, como ya antes habían principiado á usarlo; los ingleses el de Greenwich, cerca de Londres; en Alemania el de Dentin; los españoles el de Madrid y señaladamente el que pasa por el seminario de nobles de esta corte, como lo hizo don Isidoro de Antillon; los marinos de esta nacion el de Cádiz, etc., etc. De toda esta variedad no ha podido menos de resultar una confusión que sería conveniente desapareciese para comodidad de todos los que se dedican al estudio de la geografía y de los constructores de cartas. Porque si bien no es difícil reducir los cálculos hechos por un meridiano á los formados por otro, para lo cual aun se encuentran tablas en algunas obras geográficas, este trabajo se escusaría conviniendo todas las naciones en admitir unánimemente un primer meridiano, lo que deberían promover las sociedades científicas de cada una de ellas, especialmente las que tienen por objeto los progresos de los conocimientos geográficos.

Para esto, en vez de fijar el primer meridiano en consideración á las varias razones que, como hemos expuesto, han tenido algunos geógrafos antiguos y modernos, ó de adoptar cada nación el suyo particular por una especie de eguismo ó de pretension, vana de dar la ley en esta materia, deberían escoger por este fin un lugar el mas elevado de toda la tierra por cierta circunstancia particular que no se hallase en ninguna otra parte. Esta circunstancia debería ser la elevación. El punto mas alto del globo sobre el nivel del mar, ese debería ser el término de que se principiase á computar la longitud, estableciendo en él el primer meridiano. Este punto mas alto está en el dia determinado después de haber medido los geógrafos y viajeros las alturas mas elevadas de toda la tierra. No se conoce en toda ella mayor elevación que la del pico de Dawalagiri, situado en el Tibet, en el Asia, el cual llega á tener 24,769 pies franceses sobre el nivel del mar (1). Y si un geógrafo español no muy antiguo (2), hablando del pico de Teyde, dice que parece que el autor de la naturaleza lo creó para esta importante función por razon de su altura, ¿no cuánta mas podremos decir esto de la cima de Dawalagiri, que es el gigante de todas las cordilleras que erizan la superficie de la tierra?

Establecido así por primer meridiano el que pasa por la cumbre de Dawalagiri, no sería necesario indicar en las cartas el que cada geógrafo seguía, como es indispensable hacer ahora, si se quiere escusar el advitarlo al que estudia ó examina un mapa. Todos sabrían que habían de calcular desde aquella altura sin igual la longitud de todos los lugares, y cualquiera que fuese la carta que se presentase, no dudarían el meridiano, que no había podido menos de tenerse presente al tiempo de su formación.

La uniformidad en todas las cosas para facilitar la comunicación y el trato de las naciones sería de la mayor utilidad y no tan difícil de conseguir como á primera vista parece. Ya hubo un sabio distinguido que quiso lo que era menos practicable, ó por mejor decir imposible, esto es, el uso de un idioma universal; pero si aquello no es asequible, lo es la uniformidad en el sistema monetario, en el de pesas y medidas, y mas todavía en adoptar un primer meridiano, pues esto está al arbitrio únicamente de los hombres de letras. El lenguaje de las ciencias es universal en todas las naciones, y el de la geografía no debiera serlo menos; por lo que á las palabras primer meridiano debia corresponder en todos los pueblos cultos una sola y única idea, y entenderse el círculo máximo que pasando por los polos toca en la cima del elevado Dawalagiri.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

De la Real Academia de la Historia.

## CASA CONSISTORIAL DE LUGO.

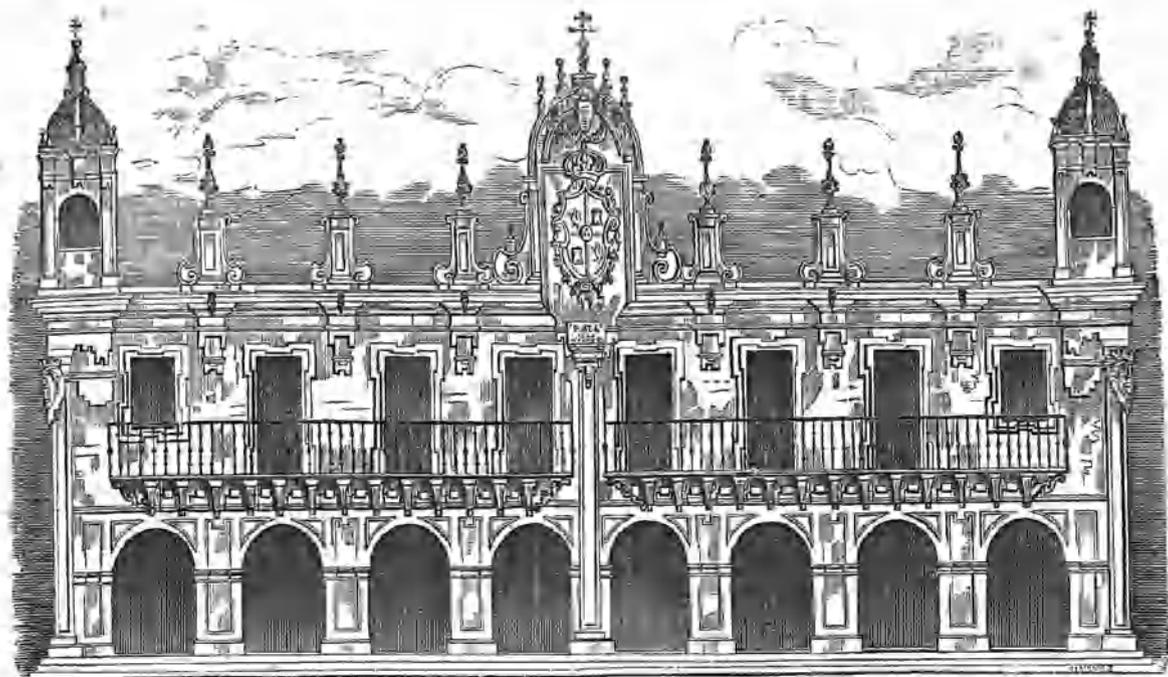
Hace cerca de tres siglos no tenia Lugo casa propia para ayuntamiento, porque era pueblo que estaba subordinado á la influencia del obispo, quien como señor jurisdiccional y territorial nombraba los alcaldes, merino y regidores que lo rigiesen y gobernasen, aunque el órden municipal no era complicado ni exigía los cuidados de ahora. Con todo, la justicia y regidores de entonces, conocedores de la independencia que debían tener para el ejercicio de sus funciones, teniendo presente lo importante que les era la adquisición de un local donde establecer la casa de la ciudad en un pueblo que había gozado

(1) Desde el globo de polo á polo, por el meridiano de las Canarias en sus hemisferios, de los que el oriental es situado á Portugal, y el occidental á Castilla.

(2) El meridiano de la isla del Hierro no pasa por la misma exactamente, sino 30<sup>o</sup> lejos al Este.

(1) Fe de advertir que el pie francés es mayor que el castellano en la proporción de 7 á 6.

(2) Don Tomas Koppe, geógrafo de S. M.



(Casa consistorial de Lugo.)

títulos de honor en la antigüedad romana, que tenía voz y voto en Cortes, y que hacia de capital en una de las siete provincias de Galicia, celebraron contrato con el obispo D. Fernando Belosillo en 4 de setiembre de 1370 ante el escribano Pedro Lénos, permutando la hacienda del Burgo, que pertenecía á los propios, por el solar que en la plaza de las Cortiñas (1) ocupaban las casas de *Feirabella*, que eran de la mitra. Sobre estas casas muy luego fue levantado un edificio á la verdad poco digno de pertenecer á la grandeza de su destino; pero subsistió por cerca de dos siglos, hasta que por el buen gusto de los tiempos pareció mezquina su permanencia; y así es que hacia el año de 1733 se proyectó y llevó á cabo la nueva casa consistorial que le sustituyó, y que hoy desuella con orgullo en la mejor localidad del pueblo, formando la principal lestería de su estensa plaza mayor, de cuya fachada presentamos una vista á nuestros lectores, no quedando del anterior edificio sino la fábrica interior de los soportales. Su interior es vasto con un buen salon de sesiones, y otros departamentos que pueden necesitarse para la administracion municipal, teniendo la circunstancia de que sus anchas soportales sirven de abrigo para la entrada principal, y á la guardia para prevencion permanente. En el ancho de su fachada, adornada de molduras y escudos, corren dos balcones que se utilizan para decoraciones en casos de regocijos, y á sus extremos tiene dos torres. En su centro, sobre un cuerpo elevado con bastante gracia, tiene las armas reales, y en las esquinas que hacen lado á dos calles, están esculpidos los escudos de las armas de la ciudad, que cuartelados representan una torre colocada en medio de dos leones rapantes, y sobre la torre un cáliz con su hostia radiante en medio de dos querubines, y la cima con corona. La reforma interior que se dió á esta casa en 1841 aumentó su importancia, así como las dos escaleras que la dan subida desde el patio presentan un aspecto propio del objeto de su destino. En el archivo de esta casa, que poco mas data de tres siglos, pues sus documentos históricos han desaparecido con la venida de los ingleses en tiempo de D. Enrique de Trastámara, cuando la guerra con D. Pedro el Cruel, sospechándose existían en la universidad de Oxford, solo hay varios privilegios de exencion concedidos en favor del ayuntamiento y vecinos, entre los cuales pueden contarse el de pagar tributo de vasallage, el de portazgos de sus vecinos, almolacen, pesos y medidas que sería prolijo referir; pero no puede omitirse que el todo del edificio es digno del pueblo que lo conserve, y que debe ser mencionado en las páginas del SEMANARIO. En la secretaría se conserva la serie de los retratos de los reyes de la dinastía actual, desde Felipe V, alguno de bastante mérito; y en un gran cuadro el dibujo del mosaico romano, descubierto en una de sus calles en 4 de setiembre de 1842, de que se dió noticia en el SEMA-

ARIO del mismo año, facsimil exacto que van á reconocer y admirar todos los sujetos que no tuvieron la satisfaccion de ver aquel vestigio antes que se cubriese.

Lugo y junio de 1849.

JOSE TEDEIRO.

## COSTUMBRES DE LAS ABEJAS.

Al escribir este artículo, no tratémos de entrar en las brillantes consideraciones á que induce el exámen del orden maravilloso que reina en las ciudades habitadas por estos insectos, porque nuestro objeto es exclusivamente dar á conocer á nuestros lectores las costumbres de la abeja, esa especie que el hombre ha aprendido á gobernar para utilizar en provecho suyo sus trabajos. La tomamos en el estado salvaje; la mostramos estableciendo su habitacion, yendo á buscar las sustancias con que construye sus celdas, y las que le sirven para la composicion de la miel; la hacemos ver despues observando los cuidados mas minuciosos é inteligentes para la conservacion de sus huevos, la educacion de sus crías, y la preparacion de sus alimentos; finalmente, la seguimos en su emigracion, cuando un número harto considerable de crías obliga á las abejas de una colmena á buscar otra habitacion.

La abeja doméstica tiene el cuerpo velludo y de un color pardusco; tiene cuatro alas membranosas y seis patas; está provista de un aguijon para defenderse, de una especie de trompa con la que recoge la miel, y de dos estómagos, uno de los cuales la sirve para ejercer las funciones del estómago común, y el otro le usa para la preparacion de la cera y de la miel.

En una colmena se distinguen tres clases de abejas: 1.<sup>a</sup> Las abejas trabajadoras, designadas también con los nombres de neutras, ó mulas, á cuyo cargo está todo el trabajo, y que no son ni machos ni hembras, siendo su empleo construir, hacer la cosecha y educar las abejas jóvenes; todas tienen una trompa para el trabajo y un aguijon para el enemigo; 2.<sup>a</sup> Los machos ó zánganos falsos, que no tienen aguijon, y que son de un color mas oscuro que las trabajadoras, y una tercera parte mas abultados que ellas; y 3.<sup>a</sup> Una abeja única encargada de la multiplicacion de la especie, que está armada de un aguijon, y que es mas fuerte y mas larga que los machos; produce ella sola individuos suficientes para poblar, no solo una colmena, sino varias: la llaman *la reina* de la colmena.

En el estado salvaje, las abejas establecen sus colmenas en los huecos de los árboles, donde observan la misma policía que en las colmenas que les prepara la mano del hombre; en cuanto una colonia de abejas ha tomado posesion de una habitacion, empiezan á calafa-

(1) La denominacion de las Cortiñas indica que lo que hoy es Plaza Mayor fue su teatro de operaciones durante su vida.

tear interiormente las paredes con una cera ó betún blando llamado *propóleo*, que recogen las trabajadoras en las plantas resinosas; en seguida construyen las celdas, que han de contener un huevo cada una de los que pone la reina; el conjunto de estas celdas, que toma después el nombre de *panal*, está compuesto de una gran cantidad de alveolos de forma hexágona, y cada uno de sus lados ó paredes constituye á su vez la pared de otros seis hexágonos iguales que la rodean, y cuyo fondo angular da también paredes semejantes á las casillas que tiene debajo. Hay tres clases de alveolos: los que contienen los huevos de las trabajadoras, que son los mas numerosos; los que han de contener los huevos de los machos, que son un poco mayores; y finalmente, los que estan destinados á las hembras, que son tres ó cuatro, y que tienen mayores dimensiones que todos los demás.

De las flores extraen las abejas trabajadoras las sustancias con que construyen sus celdas; se raspan en sus cálices y con los tarsos ó raspas que tienen en las patas, y particularmente con los cepillos que tienen en las últimas, desprenden de los estambres el polvo llamado *polen*, forman con este polvo una especie de glóbulos y con las segundas patas ponen estos glóbulos en una especie de paleta que tienen en las últimas patas de atrás; regresan con esta carga á la colmena; allí la reciben otras abejas que se tragan este pólvora, lo preparan en su segundo estómago de que hemos hablado antes, y producen la materia conocida con el nombre de cera.



Las mismas abejas trabajadoras van después á buscar en el fondo de las flores un zumo mas dulce que se tragan y van á derramar una parte de él en las celdas, con lo que forman la miel: este zumo le estragan con la trampa que les sirve para dividir los cuerpos sólidos y sacar de ellos los líquidos que contienen.

El dardo ó aguijón de la abeja exige una descripción particular. La base de este aguijón es un conjunto de nueve escamas cartilaginosas ó córneas, de las cuales, ocho parecen estar destinadas á impulsar vivamente hacia fuera la punta del aguijón por medio de los músculos que tienen, y la novena que tiene la forma de una V, y cuya parte mas ancha está colocada hacia adelante, parece deber operar la retracción de la punta indicada; el cuerpo del aguijón es redondo y largo; se compone de dos porciones semi-cilíndricas, pegada una á otra, y de dos hojas muy agudas que están movibles en el interior de esta especie de vaina y que dejan entre ellas su ramura diminuta vuelta hácia la base. No es solo la picadura de la abeja la que produce el dolor, sino el efecto químico de un veneno que introduce el dardo en la herida; no se conoce sin embargo la naturaleza de este veneno, por no haber podido adquirir la cantidad suficiente de él para examinarlo y descomponerlo.

Mientras dura el trabajo de las celdas por las abejas trabajadoras, los machos fecundizan á la abeja madre: en cuanto está deposita sus huevos en las celdas, cuando ya las trabajadoras, que hasta entonces los habian estado alimentando con el mayor cuidado, los echan inhumanamente de la colmena, y los matan si rehusan salir. Como estos no tienen aguijón para defenderse, hacen poca resistencia. Dejan la habitación y se ven obligados á derramarse por el campo, donde mueren muy pronto.

Una sola fecundización de un macho á la hembra la deja en estado de poner huevos durante dos ó tres años. Todos los huevos que pone en los seis meses primeros, producen abejas trabajadoras; los meses siguientes pone huevos de machos; y finalmente, en un dia solo, pone algunos destinados á producir las hembras que la han de suceder ó que han de ser reinas de otros enjambres: una abeja madre puede vivir seis años y producir en cada uno 60,000 huevos: en cuanto la ha fecundizado un macho, pone en cada celda un huevo oblongo y algo curvo y de un color blanco azulado: tres dias después de puesto se convierte en *larva* ó gusanillo, y ya desde aquel momento se le cuida al cuidado de las trabajadoras. Sus nodrizas estan entonces recogiendo miel y *polen*, y el gusanillo se alimenta duran te cinco dias

con una composición de estas dos materias que le presentan; el sexto dia teje el gusanillo en 36 horas un capullo de seda, en el cual queda encerrado: tres dias después se convierte en *ninfa* ó *palomilla*, permaneciendo siete dias en este estado; y al vigésimo dia de haber sido puesto el huevo se convierte definitivamente en insecto: el número de veinte dias es el necesario para el desarrollo completo de los huevos que producen abejas trabajadoras; los que producen machos exigen veinticuatro dias; y los que producen hembras solo requieren diez y seis. Entonces es cuando las trabajadoras prodigan cuidados profijos á los nuevos habitantes de la colonia: los limpian y lamen, y les ofrecen miel: las abejas jóvenes se dejan llevar pronto de su instinto, y se dedican al trabajo á que nacen ya destinadas.

Cuando nace un número tan considerable de abejas que la habitación no puede ya contenerlas, y ha nacido también entre ellas una reina nueva que reemplaza á la que va á marchar á la cabeza de la emigración, entonces una gran porción de estas abejas, con su reina al frente, dejan la colmena para ir á buscar otra habitación; pero antes de lijarse definitivamente en un sitio, y mientras esperan á que las que han ido de descubierta ó vanguardia hallen un alojamiento cómodo y conveniente, la banda emigrante no tarda en posarse en alguna parte, lo que suele suceder sobre una rama de algun árbol.

El orden con que se colocan entonces unas sobre otras es una cosa verdaderamente curiosa: las primeras que llegan se agarran á la rama en toda su circunferencia, poniéndose unas junto á otras:



cuando han formado la primera corona; todas las que van llegando enganchan sus patas delanteras en las patas traseras de las que estan agarradas á la rama, y forman la segunda corona ó círculo de abejas; que presentan igualmente sus patas traseras á las que van llegando; y así sucesivamente, hasta que todos estos círculos tienen la longitud que quieren dar al enjambre. Entonces las que van llegando se agarran á la rama, mas arriba de las que forman la primera corona, y se enlazan unas á otras hasta que forman otra especie de sábana, sobre la que habian formado las anteriores; finalmente, todas se colocan del mismo modo y presentan una masa compacta de una multitud de sábanas amontonadas unas sobre otras, que constituyen lo que se llama un enjambre, el cual se compone generalmente de 15 á 20,000 obreras, 1,200 á 1,500 machos y una sola hembra; y se han visto algunos mas numerosos. Ha habido enjambre que ha pesado hasta ocho libras: según las experiencias de Reaumur son necesarias 556 abejas para formar una onza de peso, lo cual hace que un enjambre que pese ocho libras debe tener precisamente 45,000 abejas: se han llegado á ver enjambres que tenian hasta 50,000 abejas entre machos y trabajadoras.

Cuando se quiere coger un enjambre, se aprovecha el instante en que todas las abejas estan aglomeradas como hemos dicho arriba, en una sola masa, y se le hace caer en un saco ó en una cesta, y se sacudiendo el árbol ó rotando la rama, y se le encierra al momento en una colmena que se tiene preparada al efecto. Las abejas se fijan en ella generalmente sin dificultad y empiezan en su nueva habitación todos los trabajos que hemos descrito.

Hay varias clases de abejas en las diferentes partes del mundo, conocidas con los nombres de *Cardadoras*, *Abejarrones*, *Carpinteras*, *Cantoras*, *Corta-Rosas*, etc.; varían generalmente en su organización y ofrecen algunas diferencias sensibles en sus trabajos; pero todas tienen proxicamente el mismo grado de instinto ó industria.

## RESUMEN

POR ORDEN CRONOLÓGICO, DE LAS PRINCIPALES AVENTURAS DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1).

La de los dos arrieros, que cuando estaba velando sus armas en el corral de la venta la noche antes de armarse caballero, se las li-

(1) Véase la lista puesta al final del tomo I.

raron de la pila del pozo, al ir á dar de heber sus caballerías, de cuyas resultas, abrió la lanza á dos manos y dió con la misma tan gran golpe á uno de aquellos en la cabeza, que le derribó al suelo, muy mal trecho, y también al otro abriéndosela por cuatro pedrazos.

La chistosa y estopendá de armarle caballero el ventero, á presencia de las recatadas damas del partido, que iban á Sevilla, llamadas *la Tolosa* y *la Motinera*.

La del muchacho *Andrés*, á quien, alado á una encina, estaba pegando muchos azotes su amo, y al cual obligó á que le desatase y levase sesenta y tres reales de soldada sin que consiguiese otra cosa que el que miró su amo le maltrease luego mas, burlándose así de su inesperado y oficioso protector.

La de los mercaderes toledanos que iban á comprar seda á *Marraca*, los cuales, pero en particular uno de los mozos de mulas que llevaban, le molió á palos, despues que le tiró al suelo *Rocinante*, quedando en tales términos, que no pudo moverse hasta que un vecino suyo, que venia del molino, le encontró y le llevó á su casa; y todo porque se empeñó en que aquellos confesasen que no había en el mundo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par *Dulcinea del Toboso*.

La de no encontrar la puerta del aposento donde tenía sus libros, despues del famosísimo escrutinio que hizo el cura, creyendo que todo se lo había llevado su enemigo el sabio encantador *Frascón*.

La de las molinos de viento del campo de Montiel, que se le figuraron treinta, ó pocos mas, desafiados gigantes.

La de los dos frailes de la orden de san Benito, á quienes halló en el *Puerto Lapies*, y suponiendo que llevaban forzadas en un coche que seguía el mismo camino á altas princesas, atremetió contra el primero de aquellos con tanta furia y denuesto, que si el fraile no se dejara caer de la mula en que iba, él le hiciera caer al suelo mal herido ó muerto.

La del escudero de la señora vizcaína que iba á Sevilla, con el cual peló y á quien descargó tan fuerte golpe sobre la cabeza, que empezó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oidos: prometiéndole no hacerle mas daño si iba, como se lo ofreció, á presentarse ante la sin par *doña Dulcinea*.

La del encasero de los pastores que conducian el cadáver de su compañero *Oriscotomo*, á los cuales amenazó con caer en la furiosa indignacion suya si se atrevian á seguir á la hermosa *Marcela*.

La de los arrieros yanguéses que cogliéndole en medio y á *Sancho Panza*, menudearon sobre ellos con grande abicho y vehemencia sus celosias, y dieron con ambos en el suelo.

La de la moza asturiana *Moritorana*, á la cual detuvo y sentó en su cama cuando iba á refocilarse con el arriero de *Arévalo*, de cuyas resultas este descargó tan terrible puñado sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le hañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies mas que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo; á cuya aventura se debió el que no se haya perdido la receta del bálsamo de *Fierabrás*.

La de haberse salido sin querer pagar el gasto que hizo en la venta, á que se refiere la anterior, que por de pronto se imaginó que era famoso castillo, y de cuyas resultas fué mantado *Sancho Panza*, romo perro en carnestolendas, y se quedó el ventero con las alforjas en pago de lo que se le debía.

La de los dos rebajos de ovejas que figurándose eran los ejércitos del grande emperador *Alifanarion*, señor de la grande isla *Tripobana* y de su contrario *Pentapola del arremangado brazo*, rey de los *garumantinos*, quiso prestar su poderoso apoyo al segundo, porqué era cristiano y el otro no, y sin mas razones y á pesar de las advertencias de *Sancho Panza* para disuadirle de su error, se metió por medio de dichas ovejas y comenzó á atanceallas con mucho coraje y denuesto, de cuyas resultas los pastores y ganaderos descincaronse las bandas, y le salvaron con piedras como el puño, una de las cuales, dándole en el lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo.

La de los encantados, que de noche, á caballo y con hechas encendidas en las manos, iban custodiando y acompañando una litera cubierta de luto, dentro de la cual iba el cadáver de un caballero que murió en *Baeza* y que llevaban á su sepultura de *Segovia*, á los cuales detuvo para que le diesen cuenta y razon de quienes eran y á donde iban; advirtiéndole que como gente medrosa y sin armas, se debían al instante por aquellos campos, despues de acometidos, lanzados y desbaratados todos por su perséguor; por cuya aventura *Sancho Panza* le llamó por primera vez *el caballero de la triste figura*.

La no vista y tan temerosa de los seis mazos de batán, que con sus alternativos y acompasados golpes, con un cierto crujir de hierros y cadenas y acompañados de la noche y del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquiera otro corazón que no fuera el de *don Quijote*, quedado todo reducido á la nada cuando amaneció y se vio lo que era; durante cuya noche *Sancho* aló con el cabestro de su

asno ambos pies á *Rocinante*, y contó á su amo el cuento de la pastora *Torrata* y el paso de sus calzas por el río *Guadiana*.

La del barbero que iba por el camino sobre un asno pardo y que llevaba una vacia de azofor puesta sobre la cabeza y á quien arremetió por quitársela, como lo consiguió, por figurarse que era *el yelmo de Mambrino*.

La de los doce galeotes á quienes dió libertad y los cuales tan mal parado le dejaron y á *Sancho* por empeñarse en que habian de ir cargados con la cadena que les quitó á la ciudad del *Toboso*, á presentarse ante la señora *Dulcinea*.

La del hallazgo, en las entrañas de Sierra-Morena, de un cojito y una muleta asida á él, medio podridos, de una mula ensillada y entrenada en un arroyo caida, muerta y medio comida de perros y picada de gajos, y del dueño de todo, llamado *Cardenio* ó el rolo de la mala figura, quien por su locura y por las imprudencias de *don Quijote*, le dió tal golpe en los pechos con un guijarro, que le hizo caer de espaldas, abrumando tambien, muy á su sabor, las costillas de *Sancho Panza*.

La de *Dorozea*, supuesta princesa *Micomicona*, á la cual prometió irse con ella y no entrometarse en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darla venganza de un traidor que la tenía usurpado su reino; cuyo medio se discurió á inventaron el cura y el barbero de su lugar, para llevarsele á casa y que concluyese con las locuras que estaba ejecutando en la Peña pobre de *Sierra Morena* por desdenes de su señora.

La de las cuchilladas á los cueros llenos de vino tinto que había á su cabecera en el cuarto de la venta, por figurarse, estando soñando, que ya se encontraba en pelea con el gigante que tenía usurpado su reino á la *primosa Micomicona*; de cuyas resultas el aposento se llenó de vino y el ventero tomó tanto enojo, que arremetió á *don Quijote* y á puño cerrado le comenzó á dar tantas golpes que si *Cardenio* y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra de dicho gigante.

La de la burla que le hicieron las semidonecillas, la hija del ventero y *Mariotome*, cuando estando haciendo la guardia del que él se figuró castillo, le llamaron por el agujero del pajaro y le ataron la muñeca con el cabestro del junco de *Sancho Panza*, cuyo parcañe atribuyó á que le habían encantado.

La de la gran contienda que hubo en la venta sobre si eran ó no tales vacas y albarda, á puez y yelmo, las que quitó al barbero que encontró en el camino, de cuyas resultas los cuadrilleros quisieron prenderle, pero desistieron de su propósito por haber entreido la calidad de los que con ellos se habían combatido, el *capitán Rui Perez de Huelva*, *don Luis Cardenio*, *don Fernando*, etc.; y por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar ellos lo peor de la balalla.

La del cuadrillero, que conociendo qué convenian sus señas con las que rezaba el mandamiento que tenía de la *Santa Hermandad*, para prenderle, por la libertad que dió á los *Galanes*, intentó verificarlo, de cuyas resultas, puesta la cólera en su punta y empujándole las huesos de su cuerpo, como mejor pudo así al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser acordado de sus compañeros, allí dejara la vida antes que el otro la presa, sin que las cosas pasasen mas adelante porque el cura persuadió á los cuadrilleros de que era un loco rematado.

La del enjuamamiento en el cura de huyes que tan pasmado le dejó, y mas despues de la célebre profecía que con voz temerosa le dió consuelo y le dijo entre otras cosas *que su prision se acabaria cuando el furibundo tem nunchagó con la blanca paloma tolosina yaciesen en uno, etc.*

La del cabrero *Eugenio*, que por haberte dicho que tomia vacios los aposentos de la cabeza, le replicó que estaba mas lleno que jamás lo estuvo de muy hidreputa, potá, que le parió; y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á si tenía, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remachó las narices, advirtiéndole que como aquel no sabia de burlas, sin tener respeto á la alfombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiéndos estaban, saltó sobre *don Quijote* y le asió del cuello con ánimo de ahogarle.

La de los disciplinantes que llevaban en procesion y rogativa á la *Virgen*, y á los cuales arremetió por suponer que aquella era una hermosa Señora á quien llevaban contra su voluntad, y que la habian hecho algun notorio desaguisado; y de cuyas resultas uno de aquellos le dió tal golpe encima de un hombro con los restos de una horquilla ó baston, que el pobre *don Quijote* vino al suelo muy mal parado.

La del encuentro de las tres labradoras del *Toboso*, las cuales le hizo creer *Sancho* que eran *Dulcinea* y dos doncellas suyas, y cuya figura rústica atribuyó á la muleta y quierza que, segun él, le tenían los encantadores, quienes por tal causa le habian querido privar del contento que pudiera darle ver en su ser á la Señora de sus pensamientos.

La de la carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse, y en la cual iban *un (o) demonio, un ángel, un emperador, una reina, la muerte, Cupido, un caballero armado de punta en blanco y otras personas de diferentes trajes y rostros*, todos los cuales componían la compañía cómica de *Júpiter el viejo*, incluyó uno vestido de boji-ganga con muchos cascabeles, que llevaba en la punta de un palo tres vejigas de vaca henchidas, quien con sus saltos y visajes alborotó á Rocinante y dió con don Quijote en tierra.

La del caballero del Bosque ó de los Espejos, á quien á salva mano y sin peligro alguno, encontró con tanta fuerza, que mal de su grado, le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal calda que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto, y con-tesor, entre otras cosas, que la sin par Dulcinea del Toboso aventajaba en belleza á Casilda de Vandalia; advirtiéndole que como se descubrió que dicho caballero y su escudero eran Sanson Carrasco y Tomé Carrascos, compadre y amigo de Sancho Panza, tanto éste como su amo, creyeron que los encantadores habían mudado la figura de ambos.

La de los requesones que metió Sancho en la cabeza, de cuyas resultas, apretándose y espiñándose aquellos, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas, de lo que se asustó por parecerle que se le ablandaban los cascos, ó que se le derretían los sesos, ó que sudaba de los piés á la cabeza.

La del encuentro del carro donde iban los leones para S. M., á cuyo encargado obligó á que abriese la jaula de uno de aquellos, con el cual trabó batalla bajándose de Rocinante, empujando el escudo y desenvainando la espada, sin que tales arroyos y usadía tuviesen ningún mal resultado, porque el generoso leon, *mas comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, volvió las espaldas y enseñó sus (trabes) partes á don Quijote, y con gran flama y remanso se esforzó á echar en la jaula, por cuya aventura se llamó á sí propio el Caballero de los Leones.*

La de la bajada á la cueva de Montesinos por entre una infinidad de grandísimos cuervos y grajos que salieron de las maldades de la boca de aquella, de cuya fuera contó á Sancho y al primo del Licenciado cosas estupendas é increíbles, habiendo dicho antes al primero las memorables palabras de *«tú y calza, que tal empresa como aquesta para mí estaba quiritada.»*

La del encuentro en la venta de Gmés de Pasamonte, disfrazado y convertido en húngaro, quien enseñando su famoso retablo que trataba de la libertad que dió el señor don Gásteros á su esposa Melindrea, que estaba presa en la ciudad de Sansucha, desenvainó la espada y con acerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la literera morisca, viniendo por fin, después de haberlo destrozado todo, á decir que los encantadores que le perseguían le mudaban y trocaban lo que ellos querían, cuyo destrozo de las figuritas y demás de dicho retablo se graduó y moderó, por jueces áribitros, en cuarenta reales y tres cuartillos, los cuales desembolsó Sancho, y además, dos reales por el trabajo de tomar el mono sabio.

La del encuentro del escudero de gente del pueblo del rebuzno, que llevaba un estandarte ó glón de raso blanco, en el cual estaba pintada, muy al vivo, un asno con un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando, y escritos alrededor con letras grandes los versos de

«No rebuznaron en balde  
el uno y el otro animal»

á cuya gente trató de probar que no debía darse por ofendida de sus contrarios; pero creyendo que Sancho se burlaba porque, *puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar un racimiento que todos los carecosos vales retumbaron*, los de dicho escudron deseargáronle sobre caballo y escudero un cublado de piedras, amenzándole con mil encarádas bellezas y no menos cantidad de arcabuces.

La del encuentro, en una de las orillas del río Ebro, de un barco, en el cual se metió con Sancho, suponiendo que lo estaba llamando y convidando á ir á dar socorro á algún caballero ó á otra necesidad y principal persona que debía estar puesta en alguna gran cuenta, de cuyas resultas los molinetos de unas arcas inmediatas salieron con varas largas á detener dicho barco para que no se embocase por el canal de las ruedas, advirtiéndole que como les llamaba canalla maldada y otras cosas y no hiriese caso de ellos y se transformase aquel, dió con caballero y con su escudero al través, en el agua, llevándoles al fondo por dos veces, á causa de no saber nadar, de cuyas resultas y si no hubiese sido por los molinetos que se arrojaron por ambos y los sacaron como en peso, allí habría sido Troya; pero sin que pudiesen evitar que se le hubiese por locos hasta por los pescadores dueños del barco que hicieron pedazos las ruedas y á

quienes, por tal destrozo, tuvieron que dar cincuenta reales que valía aquel.

La del encuentro de los Duques con sus cazadores, en cuyo castillo tanto le obsequiaron y se divertieron á su costa y á la de Sancho, figurando y suponiendo como naturales y sencillas otras muchas aventuras, tales como *la de la noticia sobre el mal de desencantar á Dulcinea, la de la Dueña Doloresita, la de Glavileño el aligero, la de la enamorada Altadóra, la del temeroso espanto venecero y galano, etc., etc.*

La del encuentro con Sancho, cuando tirado dentro de la cueva donde se cayó después de concluido su gobierno de la Insula Barataria, le tuvo por muerto y que estaba allí pensando su alma, poniéndose por lo tanto á conjurarle, de cuyo error salió así que oyó rebuznar al Rucio.

La de la descomunal y nunca vista batalla, que por defender á la hija de la dueña doña Rodríguez, empezó á sostener con el lacayo Tosilos, sin que ocurriese por fin nada, porque dicho lacayo se dió por vencido.

La de las redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y entre las cuales, y sin pensar en ello, se enredó, y supuso que los encantadores que le perseguían tenían la culpa, viniéndose luego á apurar que dichas redes eran de dos hermosísimas jóvenes que se presentaron, quienes con sus muchos parientes y amigos se estaban holgando en aquel sitio; todos los cuales le convidaron á comer, y le honraron dándole el primer lugar en las mesas.

La del reto que hizo en la mitad de un camino real á los pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo que por aquel pasasen ó hubiesen de pasar los dos días siguientes, asegurando que estaba allí puesto para defender que, dejando á un lado á la Señora de su alma, Dulcinea del Toboso, las Ninfas habitadoras de aquellas prados y bosques, refiriéndose á las distraídas pastoras de la anterior aventura, *accedían á todas las hermosuras y cortezas del mundo, de cuyas resultas, porque la suerte hizo que pasase un tropel de toros bravos y de mansos cabesivos conducidos por una multitudumbre de hombres, y porque despreció el aviso que le dieron los vaqueros para que se apartase á un lado, pasáron unos y otros sobre él y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos en tierra, y quedando malido el segundo, espantado el primero, aporreado el cuarto y no muy caudoso el tercero.*

La de los dos caballeros que en otro aposento de los de la venta junto al suyo estaban leyendo un capítulo de la segunda parte de su historia, compuesta por Abellaneda, á quienes convenció de que él era el verdadero Don Quijote.

La de los cuarenta ó más bandoleros de la partida de Roque Guinart, que de improviso le rodearon y á Sancho, hallándose el primero á pié, el caballo sin freno, su lanza arrojada á un árbol, y en una palabra, sin defensa alguna, por cuyo motivo tuvo por bien de cruzar los brazos é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazón y coyuntura; advirtiéndole que como el Guinart conoció que su enfermedad torcía más en locura que en valentía, se holgó en extremo de haberle encontrado, y después de varias cosas extraordinarias que pasaron y que presenció Don Quijote, le recomendó á su amigo Don Antonio Moreno, vecino de Barcelona, encargándole diese noticia á los Nierras para que con él se solazasen, y para que carecieran de tal gusto los Cudells, sus contrarios.

La de los muchachos que, á la entrada de Barcelona, alzando la cola del Rucio y la de Rocinante, los pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas, de cuyas resultas, y sintiendo los pobres animales las nuevas espuelas y apretando las colas, aumentaron su diágnosis, de manera que, dando mil corbos, dieron con sus dueños en tierra.

La de la cabeza encantada de la casa de Don Antonio, que tan admirado le dejó con sus respuestas, que se le erizaron los cabellos de puro espanto.

La de las dos damas, de gusto pícaro y burlescas, que en el sarao que hubo en la repetida casa del Don Antonio, le sacaron á danzar, molándole el cuerpo y el ánima, y á las cuales viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: *«Fugite partes adversas»*, sentándose en mitad de la sala, en el suelo, molido y quebrantado de tan bailar-dor ejercicio.

La del supuesto caballero de la Blanca Luna, á quien halló una mañana al ir de paseo por la playa de Barcelona, y con el cual peleó en singular batalla, con condición de que si era vencido se había de recoger y retirar á su lugar por tiempo de un año, donde había de vivir, sin echar mano á la espada en paz tranquila y en provechoso sosiego, advirtiéndole que como por desgracia sucedió así, partió el año desbarado y de camino y Sancho á pié, por ir el Rucio cargado con las armas.

La del atropello que sufrió estando durmiendo á un lado del camino por los seiscientos ó más puercos que unos hombres llevaban á vender á una feria, y cuya afrenta atribuyó á pesar de su pecado, porque, según él, *era justo castigo del casto que á un caballero abunda*

vencido le comiesen adicas, le pizasen avispas y le hollasen puercos.

La del encuentro de los hombres de á caballo y de á pie que, atrojando sus lanzas, sin hablar palabra, se apoderaron de caballero y escudero y les llevaron al castillo del *Duque*, en cuyo patio ocurrió, á poco, la chistosa escena de la supuesta muerte y resurrección repentina de *Allisidora*, advirtiéndole que en el camino, como cesase la noche y apresuráran aquellos el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando les decían: *cominatad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejéis, estus, ni abráis los ojos, polifemos matadores, leones carniceros, etc.*

La del encuentro en el meson con el caballero *Don Alvaro Tarfe*, á quien hizo declarar ante el alcalde del pueblo y un escribano que no le conocía y que no era aquel que andaba impreso en una historia titulada: *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellanada, natural de Tordesillas*, con cuya declaración quedaron muy contentos amo y criado, como si les importase mucho la mi-

ma y no mostrará claro la diferencia de los dos Quijotes y la de los dos *Sanchos* sus obras y sus palabras.

La de los dos mochachos que, á la entrada de su lugar, vió estaban riñendo, y oyó que el uno dijo al otro: *ano le canses, Periquillo, que no las has de ver en todos los dias de tu vida*; cuya palabra aplicó á su *Dulcinea*, sin cesar de repetir aquello de *malum signum, malum signum; libre haye, galgos la siguen, Dulcinea no parece*; advirtiéndole que despues de llegar á su casa acompañado del *Cura* y del *Bachiller Carrasco*, cuando él menos lo pensaba, porque á ya fuese de la melancolla que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis dias en cama, al cabo de los cuales murió despues de confesarse y de hacer testamento, en cuyos actos *Alonso Quijano el Bueno* dió pruebas evidentes de hallarse cuerdo y muy arrepentido de las pasadas locuras que hizo con el nombre de *Don Quijote*.

BEMIGIO SALOMON.

## EL DUENDE

DE VALLADOLID.

(Tradición yucateca.)

### ROMANCE I.

En mil quinientos sesenta,  
Poco menos, poco mas,  
Pisó Francisco de Vargas  
Las playas de Yucatán.  
A Valladolid pasó,  
Disponiéndose á tomar  
Posesion de una encomienda  
Que le dió Su-Magestad.  
Y para que le conociera  
Mis lectores, este tal  
Es un maneco cumplido  
Tan bizarro como audaz;  
Andalúz de los tremendos:  
De estos que con el mirar  
No dejan el sol á oscuras  
Por desidia ó caridad.  
Gran rascador de vihuela,  
Y no reconoce igual  
En los sabrosos cantares  
Y en la gracia del danzar.  
Ojos severos y ardientes  
Tiene, y resalta en su faz  
Ancho y torcido bigote  
Mas negro que el alquitran.  
Inclinado á la misticia,  
Ganoso de pelear,  
En Flandes pasó diez años,  
Los mejores de su edad.  
Allí, con notable esfuerzo,  
Bizarro como el que más,  
Ganó, vertiendo su sangre,  
La banda de capitán  
Soldado de aquellos tercios  
Que supieron conquistar  
En esos tiempos de gloria  
Tanto laurel inmortal,  
Y que mas tarde pusieron  
Con valerosa lealtad  
A los pies del leon de España  
Las Quinas de Portugal,  
Era Vargas respetado  
En la guerra y en la paz,  
Y el coco de los valientes,  
Que buscaban su amistad,  
Cortés y bizarro á un tiempo,  
Añable y osado al par,  
De flamencos y alemanas  
Era el encanto y solaz.  
Si era el mozo enamorado  
El decirlo está demás,  
Que no indican tales prendas  
Corazon de pederual;  
Y nació en aquel dichoso  
Paraiso, en que la edad  
Da la infancia se desliza  
Entre ilusiones, fugaz,  
Y donde envuelto entre ráfagas  
De rosas y de azahar,  
Respira el céfiro amores  
En primavera eternal.  
Así que, no bien llegado

A la villa, aquel rapaz  
Gisguezuelo le robó  
El alma y la voluntad.  
Juanita, la hermosa hija  
Del noble Pedro Guzman,  
Supo con una mirada  
Esta conquista acabar.  
Es la niña peregrina!  
No es mas eshelto ni mas  
Gracioso el tronco flexible  
De la palma tropical.  
Sus ojos son dos luceros  
De radiante claridad  
Que abrazan los corazones  
Con su reflejo vivaz.  
Limpio, azucarado cutis,  
Que no es mas terso el cristal,  
A su rostro portentoso  
Divinos encantos dá.  
En perfumadas madejas  
Sus rizos cayendo van  
Sobre un cuello, que los cisnes  
La pudieran envidiar.  
Tal es la graciosa niña  
Hija de Pedro Guzman:  
Sol de la villa la nombran,  
Y reina de la heidad.  
Así, cuando sale á misa  
A la iglesia parroquial,  
Va robando corazones  
Por donde quiera que vá.  
Pero no sin propio daño  
Prendió el de nuestro galán,  
Que ella tambien quedó herida  
Perdiendo su libertad.  
Tal mozo, bien merecia  
El cariño de hembra tal;  
La suerte lo puso enfrente,  
Y amor hizo lo demas.  
Por eso todas las noches  
Dando muestras de su afán,  
El no abandona la calle,  
Y ella en su ventana está.

### II.

Pero en vano ambos amantes,  
En sus esperanzas locas,  
Sus deseos alimentan  
De ilusiones engañosas.  
En vano turbando el aire  
Con mil canciones sónicas,  
Pinta Vargas á Juanita  
Sus mal sufridas congojas.  
La niña calla, y sus penas  
En el corazon ahoga,  
Bebiendo las tiernas lágrimas  
Que de los ojos la brotan.  
Mal haya el tirano padre  
Que de tal pasión se enoja,  
Y la niña porque vea  
En la ventana á deshora!  
¿Y por qué si es tierna jóven,  
Y su corazon no es roca,  
Y están diciendo sus ojos  
Que no nació para monja?  
Mas no es otra la razon,  
Sino que Pedro ambiciona  
Un enlace para Juana,  
Que á su gusto se acomoda.  
Con Alvaro Osorio, hombre

Viejo asaz, de cara torva,  
Avinagrado carácter  
Y estatura espantosa,  
Arregladas tiene Pedro  
De nuestra niña las bodas,  
Porque diz que el novio es rico,  
Y lo demás es bambolla.  
Maldito metal! maldito  
Mil veces quien lo ambiciona,  
A precio de su conciencia,  
O de su ventura á costa!  
Maldita razon del oro  
Que tantas dichas estorba,  
Y por la cual mi Juanita  
Penosa lágrima llora!  
Mas no por eso se atredea;  
Que ha jurado, si no logra  
Su amor, buscar en un claustro  
La calma que ya no goza;  
O al menos, si esto le niega  
Su fortuna rigorosa,  
Que no han de ser para Osorio  
Los encantos que atesora,  
Por mas que Pedro amenaza,  
Y el nombre de padre invocá,  
Ella permanece firme  
Como piedra entre las ondas;  
Que no es padre quien así  
Su voluntad aprisiona,  
Entregándola en los brazos  
Del viejo amante á quien odia.  
Y fuera en verdad un crimen  
Que aquella cándida rosa  
Rica de vida y perfumes,  
Que descuella sobre todas,  
Vendida y sacrificada  
De su existencia en la aurora,  
Morir viera de sus gracias  
La pura, espléndida pompa!  
Que llorara en el encierro  
De su mansion en mal hora,  
Encantos desvanecidos  
De una imaginada gloria:  
Que viera á cada momento  
De la noche entre las sombras,  
Como al claro sol, la imágen  
Que alma y vida le roba,  
Y que hubiese de enjugar  
Las lágrimas que rebosaa  
De sus ojos. Pobre niña!  
Primeró el claustro le acoja!  
A tanto llegó la saña  
Del padre, á tanto la cólera,  
Que á Vargas amenazó  
Porque la calle le ronda;  
Y armado de lengua espada,  
De arcabuz y de pistolas,  
Pasaba noches enteras  
A la puerta, de custodia.  
Con eso logró por fin  
Ver la calle otra vez sola,  
Sin que turbasen su calma  
Cantinelas amorosas.  
¿Perdió Vargas su esperanza?  
¿Tal vez con alma traidora  
Ha olvidado á la Juanita  
Como ha olvidado á mil otras?  
¿Tuvo miedo al arcabuz  
De Pedro? Cuestiones hondas  
Son, que resolverse pueden  
Cuando se acabe mi historia.

Lo cierto es que á pocas noches  
Se oyó en la calle á deshora  
Rumor triste y espantoso  
Que alarmó la villa toda.  
Ayes, tremenda alharaca,  
Gemidos y voces roncás  
Por todas partes se escuchan,  
Con que el barrio se alborota.  
Cien raquíticos candiles  
A las ventanas asoman,  
Y mas de trescientas caras  
Espantadas y medrosas.  
Pero qué ven? un fantasma  
Tremendo, de horribles formas,  
De colosal estatura  
Y ancha cabeza pelona.  
Jamás, jamás sobre el lienzo  
Trazara el pincel de Goya  
Tan horrible catadura,  
Vision tan aterradora.  
Sus ojos como luciérnagas  
Relumbrar con luz fosfórica,  
Profundamente escondidos  
En las descarnadas órbitas.  
Sus flacas piernas, cual cañas,  
Flexiblemente se doblan,  
Y las altas azoteas  
Sus manos á veces tocan.  
Al ver tan fiero espectáculo  
¿Qué valiente no se asombra?  
¿Qué niña no se desmaya?  
¿Qué vieja no se alborota?  
Así fué, pues se cerraron  
Luego las ventanas todas,  
Y asustados los vecinos  
Corrieron á las alcobas.

## III.

Así fueron transcurriendo  
Un mes y otro mes y otro,  
Siendo la villa teatro  
De escándalo tan insólito.  
No bien la hora de la queda  
Como señal de reposo,  
De la lúgubre campana  
Marcaba el tañido ronco,  
Cuando las calles cruzando  
El alto y horrible monstruo,  
Turbaba el tranquilo sueño  
Del vecindario medroso.  
Luenga cadena arrastraba,  
Lanzando del pecho tóxico  
Abalidos é imprecaciones,  
Suspiros, quejas y votos.  
Ota semeja un lamento  
Triste, doliente, amoroso,  
Que entra el silencio vibrando.  
Llega al corazón, sonoro,  
Ora remedo al feroz  
Rugido de hambrienta loba,  
O del Bubo solitario  
El graznido melancólico.  
Pero cuando acaso llega  
A las ventanas de Osorio,  
La luenga cadena arrastra  
Con desusado alboroto.  
Puertas y rejas sarude,  
Y con acento diabólico,  
Ya por su nombre le llama,

## EL NIÑO DE NIEVE.

Un mercader turco se vió obligado á hacer un viaje de dos años para arreglar sus asuntos mercantiles: su mujer, que era jóven y bonita, tomó un amante para esperar con mas paciencia su vuelta. Sin embargo, el mercader llegó de improviso, y halló á su mujer ocupada en criar un hermoso niño. Con melitimo tono se informó pacíficamente de la causa que le habia proporcionado un aumento de familia. Su mujer le contestó astutamente: «Preciso es que el gran Mahoma sea el padre de este niño, porque un día estaba yo echada en un banco del jardín, cuando vino una nube á colocarse perpendicularmente encima de mi cabeza. Al mirar al cielo vi que empezó á nevar. Entonces me puse á orar: un copo de nieve me cayó en la boca, y nueve meses despues di á luz este hermoso niño.»—Doy gracias al Santo Profeta, dijo el mercader, yo deseaba un heredero, y él me le ha enviado. Estoy satisfecho: es menester que tengamos mucho cuidado del descendiente del padre de los Reles.»

Va le denuesta furioso.  
Y sin respeto á los años  
Que goza, que no son pocos,  
Las ventanas le golpea  
Con peladillas de á folio.  
Signos cloaca en su puerta  
De horrible y fatal pronóstico  
Para el miserable viejo  
Con presunciones de mozo;  
Y pulsando una vitruela,  
(Que el duende era líamónico),  
Cantaba estas seguidillas  
Con triste y pausado tono.

«Alvaro, no te cases  
Con niña hermosa,  
Que es prueba, aun para mozos,  
Muy peligrosa:  
Si á ello te inclinas,  
Cuenta que en vez de flores  
No halles espigas.  
Ejemplo es Juan Chamorro  
De lo que digo,  
Y su cara costilla  
No es mal testigo:  
Odios eternos  
Produjo su bodorio  
Palos y.....»

Perdone el lector benévolo  
Si, cronista del, espugo  
La exactitud de los hechos  
Sin melindres ni rebuzo.  
Si fué calumnia del duende,  
No sé, ni de ello respondo;  
Pero hubo gran zumbanda  
En casa de Juan Chamorro;  
Y aun diz que llegando el punto  
A escándalo de divorcio,  
Quedó reputado el duende  
Por hijo de tomó y lomo.  
Es lo cierto que causados  
De bulas y trampantojos,  
Resolvieron los vecinos  
Poner á estos males coto.  
Hubo junta á que asistieron  
Los manechos mas briosos,  
El cura y el bulicario  
Y los alcaldes de voto.  
Propusieronse mil medios;  
Mas desecháronse todos,  
Por desatinados unos,  
Por impracticables otros.  
Hubo confusión horrenda,  
Gritos, horribles propósitos,  
Y aun diz que á alguna razon  
Sirvió un trancazo de apoyo.  
En fin; por zambra y paliza  
Iba á acabar el negocio,  
Segun iban ya cruzándose  
Las pullas y los apodos,  
A no remediarlo el cura  
Que con acento estentóreo  
Llamó al orden, con que fueron  
Calmandose los furiosos;  
Y con voz alta y soleone  
Ofreció al concurso átomo,  
En un soberbio discurso,  
Notable por el exordio,  
En aquella misma noche

Remedio poner á todo:  
Y aun dijo que buscarie  
Al duende de solo á solo.  
Admirado y confundido  
Escuchó el auditorio,  
Dyando que consiguiera  
De tamaña empresa el logro.  
Y era de admirar, por cierto,  
Aquel valor asombroso  
Que centellando brillaba  
Del viejo cura en los ojos.  
Oh! cuando tantos manechos  
De crudo semblante lorvo  
Su torpe miedo mostraban  
En la palidez del rostro,  
El solo allí consultando  
Su corazón animoso,  
Pensó acabar esta empresa  
Contra el astuto demonio.  
Oh! insigne varón! la historia,  
En sus páginas de oro,  
Tu ilustre y preclaro nombre  
Hará á los siglos famoso.  
Oh noble Tomás Lersundi,  
Tan valiente como dioto!  
Tu memoria y remembranza  
Volarán de polo á polo!  
Qué valen, pues, á tu lado  
Los héroes que el mundo loco  
Ensalza sobre cadáveres,  
Y entroniza sobre escorbros?  
Nada! con razon te admiran  
Tus feligreses, y en coro  
Pregonan tus alabanzas  
Sin ocultar su sonrojo.  
Todos la palma te ceden;  
Mas no te la envidian todos,  
Que no falta quien murmure  
De tu victoria dudoso.  
Llegó por fin la tremenda  
Noche, y con su manto lóbrego  
Envuelve plazas y calles  
En misterio tenebroso.  
Se oye la lenta campana,  
Y á la par se oyen de pronto  
Cien puertas que se aseguran  
Con alambas y cerrojos.  
Solo el cura no ha temblado:  
Antes sacudida el ocio,  
Prepárase á la rantienda  
Palpitando de alborozo,  
Y echándose á la salud  
Del espíritu, dos sorbos,  
(Segun unos, de agua pura  
Aunque hay quien diz á era uasto),  
Abalanzóse á la calle,  
Llevando bajo el embozo  
Las armas con que va espera  
Venir al trago diabólico.  
Y no lleva luenga espada,  
Ni daga, ni alfanje corvo,  
Que para tales contiendas  
Tales medios fueran pocos;  
Mas lleva fé y esperanza  
En el corazón brioso,  
Y ademas va prevenido  
Del ritual y del hisopo.

(Concluirá.)

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Este mercader sabia disimular perfectamente: era amigo de la paz conyugal, y nunca reprendió á su mujer, manifestando al mismo tiempo mucho cariño al hijo del Santo Profeta. El niño creció: apenas tenía quince años, cuando su padre adoptivo propuso llevarsele á un viaje que iba á emprender. Efectivamente, le condujo á Alejandria, y allí le vendió á un mercader que hacia el comercio con las Indias orientales.

A su regreso, su mujer se desesperó con la pérdida de su hijo.  
«Modera tu dolor,» le dijo el mercader: «Del profeta es de quien debes quejarte. Un día que hacia mucho calor, tu hijo y yo pasábamos por la cresta de una montaña muy alta; de pronto le vi disolverse y derretirse á mi vista. Yo hubiera tratado de socorrerle, pero me acordé de que me habias dicho que habia sido engendrado por un copo de nieve, y creí que no debía tomarme un trabajo inútil.» Su mujer comprendió y calló.